

raba mas que en aquella la salvacion de la sociedad mexicana.

Para la Europa, era esta cuestion de gloria y de interes sobre todo para España y para la Francia. De gloria porque salvaban la nacionalidad de México, porque atajaban el derramamiento impío de sangre fratricida, porque salvaban la raza latina y el catolicismo en aquellas regiones.

De interes, porque á la Europa no puede convenir ni un momento que los Estados Unidos se apoderen de uno de los países más bellos y ricos del globo; que sean dueños de los dos mares, y se queden señoreando en ellos hasta el punto de cerrar la puerta á toda industria y comercio europeos. La Inglaterra sola ha pensado en el porvenir tomando posesion de las Bermudas enfrente de las costas orientales de la Union americana, y de las Bahamas á la entrada del Golfo de México, y de la Jamaica y sus islas en las Antillas.

Todos íbamos, pues, á ganar en la triple expedicion europea. Pero los que durante tantos años nos habiamos creído los representantes legítimos de la gente de orden de México, no queriamos ni podiamos perder el tiempo.

Reconocemos que gestionamos lealmente para que esos gobiernos se ocupasen de la cuestion de candidato. Desde el momento en que las tres potencias marítimas eran las interventoras, comprendimos que no era cuerdo ni posible pensar en un príncipe de esas naciones; y al llevar reverentemente esta cuestion al emperador, tuvimos la honra de expresarlo así. Es necesario decirlo, porque es la verdad, y ella se ha desfigurado lastimosamente allí donde debiera respetarse. El emperador respondió á nuestras respetuosas indicaciones, que no tenia candidato, y que aceptaria el que México quisiese. Jamás ha entrado en el pensamiento de S. M. un candidato de su propia familia, ni en el nuestro proponer un inglés; y si por nuestro origen y por nuestros sentimientos habriamos aspirado á un príncipe de la casa de España, ó enlazado con ella, nos detenia la consideracion política de que las potencias interventoras tenian que quedar fuera de toda combinacion que les dejase una influencia preferente en México, y tambien, triste es confesarlo, para los que sienten y piensan como nosotros, porque hay todavía mucha gente en México, que lo miraria como una conquista disfrazada de la España.

Era, pues, preciso, buscar fuera de las tres potencias marítimas un príncipe do-

tado de aquellas altas prendas de corazon y de entendimiento, de una virtud y saber probados, de una instruccion varia y ducha en la gobernacion del Estado, animado de principios liberales conservadores, católico profundo sin fanatismo, y popular en Europa. Y ¿quién más digno de ese elogio y más justamente popular en Europa, inclusa Inglaterra, que el archiduque Maximiliano?

Cuando el nombre de S. A. se pronunció en presencia del emperador, S. M. acababa de dignarse responder que no tenia candidato. La candidatura fué, pues, propuesta al emperador, y bueno es que lo sepan los que ven en ella una combinacion de Napoleón III para trocar la Venecia por México, lo cual no seria digno de ninguno de los dos emperadores.

La verdad es, que el emperador Napoleón, conecedor de las relevantes prendas del archiduque, ha encontrado muy de su agrado esta candidatura, y que olvidando noblemente que hace dos años estaba en guerra con el Austria, tiende una mano leal á un príncipe esclarecido y otra al país que le pide, así como á España, le dé una nueva vida.

Este candidato, ante cuyas prendas ha tenido que inclinarse la misma Inglaterra, ha sido pedido por el partido conservador de México. lo desea, lo espera con ansia, cuenta los dias que tarda en llegar, y no es ya posible pensar en otra combinacion.

Es menester no olvidar que ese partido conservador que se llama, es todo de origen español, que por no renegar de él, se ha visto perseguido, insultado, humillado, cuando ha triunfado del partido que hoy domina, el cual confunde siempre el grito de libertad con el de muera España. Si ese partido no estuviera persuadido de la antigua simpatía del archiduque por la España, no le habria dado su voto, porque ser enemigo de España es ser enemigo de su raza, y los descendientes de los españoles en México preferirian doblar la cerviz al fiero *yankee* ántes que llamar á un príncipe que fuera enemigo de su raza y de sus tradiciones.

Resulta, pues, amigo mio, que la eleccion del archiduque es acertada, y en consonancia con los legítimos intereses de España, y que en el estado en que están las cosas no es posible aunque quisieramos, anular lo hecho y empezar de nuevo. Los que tal intentásemos, que no lo intentaríamos, nos quedariamos solos y burlados. Crea vd. que conociendo este asunto tan á fondo como le conocemos, el mejor

de los españoles no habria obrado de otra manera.

No puedo levantar la mano sin añadir otras consideraciones que tanto me preocupan. Si los aliados van, como lo espero, hasta la capital, es seguro que la opinion se pronunciará en favor del sistema monárquico. El pronto planteamiento de la monarquía en México traerá indudablemente movimientos análogos en las demás repúblicas hispano americanas; y en ellas no podrá ménos de tomarse en cuenta el mérito de los príncipes que vd. me nombra, tan dignos, tan cumplidos. La monarquía volveria á poner en su asiento á la desventurada sociedad mexicana; acabaria con la impiedad y la matanza; protegeria la religion, y sus pastores no serian ya perseguidos y apedreados; el comercio adquiriria un brillante desarrollo; las magníficas é innumerables minas de plata, serian beneficiadas, y sus asombrosos productos vendrian luego á hacer frente á la desproporcion de metales preciosos de que la Europa está amenazada; la agricultura con sus ricos y fabulosos frutos; socorreria en momentos dados á la Europa consternada: los productos tan variados y riquísimos de aquella tierra, tales como el algodón que allí se cultiva sin esclavos, muy superior al de los Estados Unidos, serian un alimento perenne de la industria europea y emanciparia á la Europa de la tutela de la Union americana; la inmigracion trocaria su hambre y desconsuelo por la abundancia y el bienestar, y por encima de todo esto dominaria la raza latina, el catolicismo y la lengua de Cervantes.

Pero si los aliados han de salir de México sin dejar establecido el gobierno monárquico que anhela la nacion, los Estados Unidos siguiendo su política, tomarán inmediatamente posesion de todo el país, para impedir que la Europa vuelva á poner el pié en él, y las puertas se las abrian los demagogos á reserva de ser luego sus primeras victimas. Todos los frutos de ese suelo privilegiado servirán exclusivamente al provecho y regalo de los Estados Unidos en cambio de su propia industria; la raza española, vejada y perseguida, irá desapareciendo como ha sucedido en la California y en Nuevo-México; el protestantismo aparecerá triunfante celebrando su rito en los mismos templos levantados por nuestros padres al catolicismo; los Estados Unidos, dueños de toda la América septentrional y de los dos mares, cerrando todo comercio á la Europa, se levantarán gigantes para contemplar ufanos la catás-

trofe que en ella produciria la plétora de su industria; el equilibrio político se verá amenazado por el triunfo de la doctrina Monroe; la España con la llave del golfo de México, no podrá moverse de la entrada; su influencia y comercio acabarian bien presto, y aunque los defensores de sus colonias renovasen los hechos de Sagunto y de Numancia, por la fuerza de las cosas la bandera de las estrellas vendria al fin á plantarse sobre sus escombros. La Francia escarmentada de que no se aprovechó la ocasion mas propicia para salvar tan altos intereses en América, no se expondrá ya á un nuevo desengaño, y no renovará su expedicion, de la que retirará mucha gloria, es verdad, pero ningun otro provecho, porque ha declarado y dado pruebas de que no lo busca en esta ocasion. La Inglaterra, enemiga del catolicismo y de la raza española, verá con tranquilidad la desaparicion de ambos en América y la pérdida de allí del poder de la España.

Hé ahí lo que mi imaginacion me presenta, ya halagüeño, ya aterrador, segun que las peripecias de esta cuestion alternan en mi ánimo. Vd., tan conecedor de las cosas de América, me dirá si tengo razon.

En cuanto á mí, vd. sabe, mi querido amigo, que en este asunto he puesto tiempo ha toda mi alma, toda mi conciencia, todas mis fuerzas. Bajo el punto de vista español, bajo el punto de vista mexicano, nadie ni nada, ha venido á probarme todavía que me he equivocado. La mordacidad de la demagogia no me hace mella alguna. La marcha de los sucesos podrá afectarme profundamente, podrán afligirme cada dia más las apreciaciones erradas que suelen hacerse de la parte que me ha cabido en este asunto; pero sea que esta termine proporcionándome la alegría de ver un tronc en México, sea que contemple yo allí la bandera de las estrellas, Dios, que vé mis intenciones, no me enviará nunca jamás el terrible castigo del remordimiento.

Haga vd., mi buen amigo, el uso que guste de esta carta, y reciba vd. el cariño de su antiguo amigo y compatriota, que bien le quiere.—J. H.

—De la *Epoca* de Madrid es el artículo siguiente:

«La actitud en que de algun tiempo acá se ha colocado la prensa semi-oficial de Paris, respecto de la cuestion de México, es digna de notarse. Poca perspicacia se necesita para no descubrir en el lenguaje tan rudamente franco hoy, como ántes reservado y circunspecto, de los pe-

riódicos más allegados al gobierno imperial, el propósito de hacer á Francia árbitra de aquella cuestion, y de apartar á las otras dos potencias con quienes se haya ligado por el tratado de Londres, de la posición que este solemne pacto les reconoce. Al decir de los mencionados periódicos, Inglaterra no tiene en el arreglo de los asuntos de México un interés inmediato, y España se halla en situación poco favorable para hacer uso de su influencia, por el recuerdo todavía reciente de los desastres que ocasionó en aquel país su emancipación de la madre patria. Solo la nación francesa reúne actualmente las condiciones propias y adecuadas para salvar al pueblo mexicano de la horrible anarquía que lo consume, sin encontrar resistencia ni dificultades de ningún género, antes bien pisando siempre una senda alfombrada de flores, y despertando en todas partes las más vivas simpatías.

Estas convicciones de la prensa imperial adquieren nueva fuerza y aparecen plenamente confirmadas con las relaciones que las correspondencias de México la dirigen sobre la entusiasta acogida que dispensan á las tropas francesas los habitantes del país. "Por donde quiera que pasamos, dice uno de los correspondientes de la *Patrie*, desde Orizaba, los habitantes nos hablan el mismo lenguaje: que la salvación de México depende del ejército francés, que han sufrido mucho de vernos permanecer tan largo tiempo en Veracruz. Marchad, añaden, marchad pronto. Id á Tehuacan ahora; pero en la primera ocasión avanzad hasta Puebla. Esta población os llama con todos sus votos. Desde allí pasareis á México con la mayor facilidad. Todo lo esperamos de vuestro almirante. Rogamos todos los días por NAPOLEON; él es quien nos salvará de los bandidos que devoran á México."

Ninguna extrañeza nos causaría que los correspondientes de la prensa de Paris, pintasen con vivos colores el cuadro del entusiasmo que la presencia de la bandera imperial despierta en las apartadas regiones donde va á cumplir una misión generosa. Tampoco extrañaríamos que esos sentimientos dominasen en la parte sensata del país, cansada ya del yugo intolerable de las facciones, que hace largos años la vejan y oprimen; pero, ¿qué razón habría para negar igual deuda de gratitud á las demás naciones que toman la misma parte que Francia en tan noble empresa, y hacen para realizarla los mismos desinteresados sacrificios? ¿Cómo puede supo-

nerse que solo para Francia reserven los mexicanos amantes del orden, el reconocimiento del servicio que se les presta? ¿Cómo se ha de conceder que solo de Francia esperen su salvación, y solo en ella pongan su confianza? Para que esto sucediera, sería preciso convenir en que España é Inglaterra se hallan animadas de un espíritu distinto del que sirve de móvil á la intervención de Francia; que su auxilio sería menos eficaz ó menos rectas sus intenciones, ó que así lo creían buenamente los mexicanos. Parecenos que en ningunas de estas hipótesis se atreverán á fundar los periódicos de Paris la supremacía que á su nación atribuyen.

Pero no insistimos más sobre este punto, ni queremos recordar los títulos con que España pudiera reclamar para sí, en el caso de que se trata, el derecho de una honrosa iniciativa, ni el de hacer pesar su influencia con mayor razón que otra nación alguna, en un país donde se habla su lengua, y donde se conservan íntegros los más señalados rasgos de la civilización española: preferimos atribuir al sentimiento del amor propio nacional, que respetamos hasta en sus extravíos, las hiperbólicas frases de nuestros colegas traspireñicos.

Hay, sin embargo, en las palabras de la *Patrie*, y sobre todo, en las poco discretas indicaciones de su correspondiente de Orizaba, una revelación de que no debemos dejar de hacernos cargo. Sabíamos ya, ó se nos había dicho, que el plan de los patrocinadores de la candidatura del príncipe MAXIMILIANO de Austria para el trono de México, era reunir en Puebla los jefes del partido conservador á quienes pudieran atraer á ese pensamiento, con el fin de ponerse de acuerdo para hacer triunfar dicha candidatura, y apoyados por las armas francesas, pasar á México, donde les sería fácil rodear la proclamación del nuevo monarca, de todas las solemnidades que para imponerla como un acto espontáneo del país se requieren. Aunque este plan se nos había revelado por varios conductos, nunca le dimos completo crédito, porque nos parecía difícil que LUIS NAPOLEON se prestase á una intriga de tal género, cuyos inconvenientes no podían ocultarse á su sagacidad; pero al ver que de las mismas filas de la división expedicionaria francesa, sale ya desembozado á la esfera de la publicidad el rumor hasta ahora cautelosamente esparcido, y al observar que la "*Patrie*" trata de ir poco á poco desligando al gobierno francés de los

compromisos que le unen con las otras potencias sus aliadas, apoyando la idea de que eche sobre sí toda la responsabilidad de la empresa de México, como único capaz de llevarla á feliz término y remate, no podemos menos de modificar nuestro juicio, ni de conceder á estos importantes datos todo el valor de que su autenticidad les reviste.

El gobierno español debe tenerlos muy en cuenta, y sin perjuicio de dar á su representante en México las instrucciones más terminantes para impedir que se falsee de modo alguno, ni con ningún pretexto, el espíritu de las estipulaciones ajustadas, debe también pedir á Francia la explicación de estos hechos altamente significativos. No nos conformamos con la opinión de un periódico ministerial, en cuyas columnas hemos sentido ver consignado, que si las tropas francesas avanzasen á la capital de la República mexicana, no obstante el convenio de Soledad, las españolas se retirarían, dejando á Francia la responsabilidad y el cuidado del arreglo de esta cuestión con todas sus consecuencias. Semejante resolución sería por extremo desairada por nosotros, y antes que decidirse por ella, antes que aceptar esta abdicación lastimosa, arrostraríamos todas las dificultades en que pudiera envolvernos una política digna, enérgica y arreglada al severo cumplimiento de los deberes recíprocos en que se hallan constituidas las potencias interventoras.

No esperamos, por fortuna, que llegue el caso de una formal disidencia: las violentas medidas dictadas por el gobierno de JUAREZ contra los españoles residentes en México, allanarán el camino á los aliados para venir á un acuerdo común, si ese acuerdo no existe, y para prescindir de las consideraciones que hasta ahora se le han guardado; y de todos modos no podemos creer que el gobierno español, ni su actual representante en el territorio de la República, obren en un sentido contrario á los intereses que debemos defender allí, ni el gobierno francés falte á los principios universales del derecho de gentes, que sirven de amparo á la independencia de las naciones.

—Del *Clamor público* de los primeros días de Mayo, tomamos los artículos que siguen:

"Dice una correspondencia de Orizaba, donde se hallan nuestras tropas, que no hay casas de huéspedes ni se alquilan habitaciones.

Esto debe consistir en las grandes sim-

patías que les inspiran los ejércitos que les llevan un trono y un rey tudesco.

—Uno de nuestros colegas, al ver la terminante declaración de *La Epoca*, de que "no es posible en España un gabinete de *union liberal* que deje de tener á su frente al *ilustre* general que preside el actual gobierno," exclama:

"¿Parece mentira que llegue la degradación del carácter español hasta tal extremo de servil lisonja?"

También parece mentira que el extravío de ciertos hombres llegue hasta el extremo de preferir para el *non nato* trono de México, un príncipe extranjero absolutista, á una princesa española educada en la escuela constitucional.

También parece mentira que un gobierno español se humille á Inglaterra cuando declara la guerra á Marruecos, y á Francia cuando envía sus tropas á México.

También parece mentira lo que acaba de pasar, respecto del pago de la llamada deuda á Francia, por la iniquidad cometida contra nosotros en 1823; y aún más mentira parece la alegría que por la nueva humillación que han añadido á la humillación antigua, manifiestan los hombres del vicalvarismo.

No obstante, todas estas degradaciones, que parecen mentira, y que por desgracia son verdad, constituyen en su conjunto la llamada *union liberal*.

—Dícese que Almonte había corrido graves peligros, porque reclamado por Juárez con los demás emigrados, tuvo que regresar á Veracruz con una corta escolta, expuesto á ser atacado en el camino y á la inclemencia de la costa.

¡Valganos Dios!

¡Cuánto cuesta establecer el trono mexicano!

¡*Tanta molis erat romanam condere gentem!*

—A propósito de tronos mexicanos, leemos en una carta dirigida á *La Esperanza* desde Veracruz:

"La opinión de la gente honrada está enteramente por la monarquía; poco la importa quién sea el rey, si se halla sostenido por ocho ó diez mil europeos."

Es decir, que la gente honrada que está por la monarquía en México, es una gente honrada tan impotente bajo el aspecto moral, ó tan débil bajo el numérico, que si ocho ó diez mil soldados europeos no fundan y *sostienen* ese trono, no hay que esperar que tal gente honrada dé cuenta de sí, ni haga por su propia iniciativa cosa

que, monárquicamente hablando, valga un ardite.

—Cuando leímos en *La Epoca* de anoche la aseveración de que al fin saldriamos de dudas acerca de lo que desea y quiere respecto del príncipe que ha de ocupar el nuevo trono que por lo visto se trata de fundar en México, creímos, en efecto, que así sería, pero por desgracia nos equivocamos completamente.

*La Epoca*, diciéndonos que aceptará, dadas ciertas condiciones, la candidatura de la duquesa de Montpensier, y que supuestas otras, aceptará con igual benevolencia la del príncipe tudesco protegido por Luis Napoleón, usa de esa peculiar jerigonza llena de ambigüedades; pero precisamente por esto mismo no se explica con franqueza ni nos saca de dudas. Nuestra pregunta queda, pues, sin contestar, aunque *La Epoca* crea lo contrario.

Por lo que respecta á los innumerables tronos con que nuestro colega sueña, lo único que produce es admirar una vez más el optimismo verdadero ó fingido del cofrade ministerial, que tan á fondo conoce el arte de halagar y de decir cosas que nada dicen.

—Siendo ya un hecho fuera de duda que lo que se trata de establecer en México es la monarquía, y que el hombre destinado á sentarse en el nuevo trono es el príncipe Maximiliano, antiguo gobernador del Lombardo-Véneto, y siendo ya también cosa fuera de duda que tan magníficas combinaciones son las que prevalecen en las altas regiones del vicarvarismo, que visiblemente se inspira, en este asunto en el gabinete de las Tullerías, ¿qué han quedado reducidas, qué valor tienen hoy aquellas tantas veces estampadas protestas de que el gobierno español respetaría escrupulosamente la voluntad, los acuerdos y las simpatías del pueblo mexicano, en todo lo concerniente á su futura organización y forma de gobierno?

¿O es que aquellos infelices habitantes han significado ya, de una manera positiva, ostensible é inequívoca, que al fin se han convencido de que los únicos remedios á sus males, son un trono y un rey tudesco?

¿Querrán decirnos los ministeriales, si tienen noticia de que tales manifestaciones, monárquico-austríacas, se han verificado en la República mexicana?

De otro modo, ¿qué deberemos pensar de los hombres de Vicálvaro y de sus subordinados apologistas?

Responda el buen juicio del pueblo español.

—Poco á poco los órganos del ministerio, obedeciendo sin duda á la consigna que han recibido, van uno tras otro declarándose por la fundación de una monarquía en México, y dando á entender, á ejemplo de nuestro colega *La Epoca*, que en esta, como en otras cuestiones, hace el oficio de director de orquesta, sus *amasadas* simpatías en favor del archiduque Maximiliano para ocupar el nuevo trono que los hombres de la *unión servil* quieren levantar en el antiguo imperio de Moctezuma, sobre las ruinas de la actual República.

Pero lo más notable y cómico del caso es, que se hacen la ilusión de imaginar que al público imparcial se le oculta de dónde, cómo y con qué objeto reciben sus inspiraciones. Cual si escribiesen para pobres é ignorantes hotentotes, suponen en esta cuestión hechos diplomáticos que no existen, deseos por parte del pueblo mexicano que nunca se han manifestado, combinaciones de un éxito infalible que no pueden considerarse sino como sueños de un delirante.

La que más se distingue por esos equilibrios, maniobras y saltos de trampolín, es nuestro cofrade *La Epoca*, quien no acierta á ponerse de acuerdo consigo mismo, después de haber prohijado la famosa carta del colaborador de *La Esperanza*. Colocado entre dos escollos, esto es, entre la candidatura de un príncipe tudesco y la de una infanta española digna de aprecio, al mismo tiempo que apoya y sirve la primera por un *exceso de patriotismo extranjero*, no se atreve á combatir de frente la segunda.

De aquí las vueltas y revueltas que lo vemos dar á cada momento; de aquí las repetidas contradicciones en que incurre. Ya asegura que México no debe tener otra forma de gobierno que aquella que quiera darse por un acto espontáneo de su voluntad; ya sostiene que es necesario y urgente establecer allí la monarquía; ya forma ardientes votos por que el archiduque Maximiliano se sienta cuanto antes, en el solio que ocupó Moctezuma; ya conyene, aunque de mala gana, y con no pocas salvedades, en que la infanta Doña María Luisa Fernanda no deje de tener títulos para ceñir una corona en los Estados que conquistó para Castilla la victoriosa española de Hernán Cortés.

¿En qué quedamos?

Exigimos una respuesta breve, precisa, categórica.

Bajo el supuesto de que el pueblo mexicano se decida al cabo á constituir una monarquía, ¿quién, á nuestro colega parece mejor y con más derechos para obtener el cetro: el archiduque Maximiliano ó la hermana de la reina?

Nada de subterfugios: hable *La Epoca*, y diga clara y terminantemente su opinión sobre este punto, como nosotros lo hemos hecho. Cualquiera reticencia, cuando reclamamos lealtad y franqueza, será considerada por nosotros como un apoyo al archiduque y una hostilidad á la duquesa de Montpensier.

—El *Times* de Londres censura todo lo que ha pasado desde que se firmó la convención de Londres: hubiera deseado más prontitud en las operaciones militares, y echa la culpa del mal éxito, á las pretensiones de la España. Se declara en contra de toda negociación con las autoridades constitucionales y de los preliminares de la Soledad. Cree que en el país reina la mayor anarquía, y que la intervención está completamente desacreditada. Se muestra, por fin, muy alarmado de que existan buenas relaciones entre México y los Estados Unidos, y teme que el gobierno mexicano ayude á la República con dinero y con soldados, y desea en México un cambio de instituciones, sin dignarse explicar qué es lo que quiere. El *Times* es fiel á los antecedentes de inconsecuencia que lo han hecho famoso.

—El *Post* sigue siendo hostil á México. Cuenta que el gobierno no tiene más modos de hacerse de recursos, que los préstamos forzados, y añade que esta conducta es aprobada por el Sr. Corwin, ministro de los Estados Unidos; dice que los fondos públicos se emplean en *gracias* de todas clases, en contratos y privilegios exclusivos; que los bienes del clero se venden á precios nominales, y que los preliminares de la Soledad, no han impedido las contribuciones forzadas. Lamenta después el fusilamiento de Robles, comparándolo con el del duque Enghien y con el del mariscal Ney, y calificándolo de contrario á los preliminares de la Soledad, diciendo á renglón seguido, que Robles estaba en relaciones con la legación de Francia después de haberse acogido á la amnistía y que iba á Tehuacan á reclamar la protección de los aliados, cuando fué arrestado por las avanzadas de las tropas mexicanas. No vemos, pues, la menor analogía entre este caso y el del duque de Enghien, arrebatado por Napoleón del territorio de un país extranjero, y no al-

canzamos por qué la ejecución de un criminal, que iba á unirse con los invasores, puede llamarse violación de los preliminares. De la opinión del *Post*, no participará ni el general Prim ni Sir Charles Wyke. El *Post* también se alarma con la idea de que México puede ser auxiliado por los Estados Unidos, y sueña que le ofrecen hombres y dinero en cambio de Sonora y de Chihuahua. Para frustrar estas maquinaciones, dice que la Francia está resuelta á sostener las pretensiones de Almonte, quien *incuestionablemente* contará con el apoyo de los conservadores y moderados mexicanos. El *Post* termina con que es tiempo de hacer algo; no quiere que los aliados sean víctimas de la publicidad de los diplomáticos y mexicanos, y se funda para apoyar la intervención, en que el gobierno del Sr. Juárez, no ha criado abundantes recursos, ni arreglado el erario en estas circunstancias. Hay sandeces, que aunque vengan de Londres, no merecen refutación. Es peregrino acusar á un gobierno por que despojado piráticamente de sus principales recursos que consistían en la aduana de Veracruz, no haya arreglado la hacienda, teniendo que sostener una guerra extranjera. Hay descaro en hablar de la *duplicidad* de nuestra diplomacia, después de lo que ha pasado en la violación de los preliminares.

—En la misma Francia hay mejores informes y apreciaciones más justas, que las que publican el *Times* y el *Post*. Los periódicos de los departamentos, refiriéndose á cartas de Veracruz, afirman, que la candidatura de Maximiliano es enteramente impopular, y que con todo, los mexicanos solo á una cosa la preferían, á la intervención de Francia ó España en sus negocios interiores. «Las pretensiones de España», dice la *Gironde* de Burdeos, «y la candidatura del archiduque, han bastado para que se unan á Juárez, muchos de sus antiguos adversarios. Los habitantes mas inofensivos ven con el mayor desagrado á nuestros agentes diplomáticos, sosteniendo á Almonte, al padre Miranda, á Haro y Tamariz, corifeos del partido más hostil á los extranjeros y que ha cometido los actos más salvajes.» Lo que en concepto de este periódico, hubiera convenido á los aliados, era que Sir Wyke, el general Prim y Mr. Jurien de la Gravière, se hubieran arreglado amistosamente con el gobierno constitucional, sin hacerlo responsable de las faltas, dilapidaciones y atrocidades del partido clerical, y sobre todo, no apoyar esta facción. ¿Se

regenerar el país con los soldados extranjeros? pregunta la *Gironde*, y responde que esta sería la primera vez que se realizara semejante fenómeno.

—El artículo de *l'Opinion nationale*, que áuntes hemos insertado, ha sido casi unánimemente aprobado por la prensa liberal de los departamentos.

—Las correspondencias del *Moniteur* que se atribuyen á la pluma de Mr. de Saligny, han seguido en un tono tan violento, que el periódico oficial, al insertarlas, ha declarado que no carga con la responsabilidad, y la deja exclusivamente al autor de las cartas. Una de estas cartas, escrita en Tehuacan el 29 de Marzo, despues de referir los movimientos de las tropas aliadas, y de decir que son diarios los actos de arbitrariedad y de violencia que sufren los extranjeros, cuenta en estos términos el fusilamiento de Robles: "El general Almonte, que hace tres semanas desembarcó en Veracruz, se dirigió á Córdoba con un batallón del ejército francés. El arribo del general, ha sobreexcitado las pasiones del partido exaltado, y el asesinato jurídico del general Robles, ejecutado el 23 de Abril, ha sido la respuesta que como un sangriento desafío, se ha dado á petición de una amnistía política que los plenipotenciarios han puesto siempre como primera condicion de toda negociacion que conduzca á un resultado sério.

"El general Robles era uno de los hombres más notables de México por la lealtad de su carácter y la elevacion de su espíritu, y su muerte ha causado la indignacion de los hombres moderados de todos los partidos.

Aprehendido por un destacamento del general Zaragoza, inmediatamente fué sentenciado á muerte y fusilado á las treinta y seis horas. Su único crimen era haber querido ponerse en contacto (en rapport) con los plenipotenciarios de las potencias aliadas, para tratar con ellos de los intereses de su país."

Esta defensa no puede ser más torpe, y en ella se descubre la mano de su cómplice, ó mas bien de su instigador. Nos coge de nuevo que los plenipotenciarios renunciando á toda intervencion en nuestros negocios interiores, pusieran como condicion de las negociaciones, que se expidiera una amnistía por delitos políticos. Si esto fuera cierto, se habria dicho en la nota de los Sres. Jurien y Saligny, cuando anunciaron que rompian los preliminares. Además, la amnistía estaba expedida; á ella se habia acogido D. Manuel

Robles, empeñando su palabra de honor en residir en un punto que le señalara el gobierno. Declarar que queria ponerse en contacto con los plenipotenciarios para tratar de los asuntos de su país, es acusarlo de deslealtad, revelar que faltó á su palabra y justificar su ejecucion. Lo acompañaba Taboada con el mismo intento sin duda, y ya vemos cómo trata de los asuntos de su país, poniéndole al frente de las chusmas reaccionarias que auxilian á los invasores. Si Robles hubiera realizado sus proyectos, operaria como militar contra su patria, ó figuraria en el gobierno de Almonte.

Antes que nosotros, en la misma prensa francesa ha habido quienes contradigan el corresponsal del *Moniteur*.

La *Gironde* de Burdeos, tomando nota de la circunstancia de que el diario oficial rechaza la responsabilidad de las cartas que da á luz, cree que es demasiado que dé cabida á monstruosas majaderías que dejan muy atras los impudentes informes que publica la *Patrie* desde que comenzó la expedicion. Hablando de las pretendidas arbitrariedades y violencias que inventa el corresponsal, dice: "Curioso sería que una vez empeñada la guerra, tuviéramos que felicitarnos de los actos del enemigo respecto de nosotros; y si la muerte de un francés en México constituye un agravio á la Francia, de que Juarez es responsable, mal medio es este para llegar á extinguir toda causa de conflicto. La guerra tiene sus rigores, los que la emprenden no deben ignorarlo." Copiando despues lo relativo á Robles, dice: "Nos parece que todo esto se asemeja mucho á una traicion." Y con respecto á Almonte, se expresa de este modo: "Estaba en el campamento francés procurando levantar á las poblaciones en favor nuestro. Bien se concibe que sus útiles oficios sean aceptados por los aliados, pero no es difícil comprender que su conducta, grata para el ejército invasor, parezca culpable y punible al gobierno del país."

En un artículo posterior es mas explícita la *Gironde*. "Examinando, dice, el hecho bien conocido en que tan tristemente ha figurado Robles, es difícil no admirar el singular abuso que los periódicos de cierto color hacen del lenguaje político. Robles, como lo decian ayer cartas de México, era el alma y el agente del general Almonte en la capital. Almonte acompaña al ejército invasor que amenaza á la República mexicana. Resulta de aquí, que Robles representaba en México los intere-

ses del extranjero, que era algo parecido á aquellos conspiradores que hormigueaban en Francia en 1792, y que desde Paris se carteaban con la tropas de Brunswick, ó en Tolon entregaban el puerto á los ingleses. Mas claro, Robles era un agente de complots anti nacionales, era un traidor.

"Puede uno ser sin duda bastante partidario de la fundacion de una monarquía para aprovechar la ceguera ó la bajeza de los generales que ayudan á ejércitos extranjeros á apoderarse del suelo de la patria. Así puede comprenderse que los jefes aliados acepten los servicios de un Almonte y de un Robles. La guerra es la guerra, y se hace con realidades y no con sentimientos, pero aquí en Francia, estamos seguros de que no habrá la menor señal de simpatía ni de estimacion hácia hombres que pisotean lo que nosotros hemos puesto siempre sobre todas las cosas, el culto de la independencia nacional, y el odio á la intervencion extranjera. Cuando los periódicos ociosos derraman lágrimas por la suerte de Robles, y hablan en esta ocasion de asesinato jurídico, ¿saben lo que hacen, ellos que se dicen defensores del imperio? Amnistian las traiciones de 1814, y lanzan indirectamente un reproche á aquellos de nuestros generales que no quisieron entrar en las filas de la coalicion. Esperando estamos que el *Constitutionnel* pida estatuas para el duque de Ragusa, para el conde de Bourmont ó para Moreau."

Los traidores comienzan á recoger el fruto de su infamia: la execracion y el horror universal.

—El cambio de tono de la prensa inglesa, al ménos de la ministerial, que súbitamente se declara en favor de la monarquía en México, despues de haber combatido este mismo proyecto, es explicado por *l'Indépendance belge*, atribuyéndolo al deseo del gabinete de frustrar un perfecto acuerdo entre los gobiernos de México y de los Estados Unidos.

Uno de nuestros corresponsales de Paris nos dice con fecha 13 de Mayo:

En los clamores de la prensa ministerial inglesa hay mucho ruido y pocas neces. La Inglaterra, aunque aparentemente hostil á México, en realidad no lo es, ni lo será—ni aprueba el atentado de la Francia contra la soberanía de la República. El ministerio inglés se regocija de los embarazos de que Napoleon se ha rodeado en México, con la esperanza de

verlo despues en dificultades graves con los Estados Unidos.

Mon en Madrid secunda las miras del emperador, y aunque el ministerio español no tiene energía para contrarrestar la presion de la Francia, en el fondo no quiere meterse en camisa de once varas, y desea terminar cuanto ántes sus diferencias con México. Los gastos hechos ya por España en la expedicion son superiores á sus recursos, y el ministro de Hacienda ya pide misericordia.

En Francia todos los hombres independientes deploran la obstinacion del emperador, pues conocen que se sacrificará mucha gente y mucho dinero, por haberse unido á los reaccionarios mexicanos y á sus ilusos y apasionados agentes. Los últimos sucesos de los Estados Unidos alarman á los gabinetes de Paris, Madrid y Londres, pues conocen que triunfante el Norte sobre el Sur, no consentirá jamás que en México se levante una monarquía extranjera."

Secretaria del despacho del gobierno del Estado de Oaxaca.—El C. Gobernador del Estado, se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

"El C. Ramon Cajiga, gobernador constitucional del Estado de Oaxaca, á sus habitantes, sabed: Que en uso de las facultades extraordinarias de que me hallo investido, he tenido á bien decretar lo siguiente:

Art. 1.º Toca á la recaudacion de contribuciones directas, cobrar en esta capti-pital las cantidades que por excepciones de la guardia nacional, paguen los causantes.

Art. 2.º Estos tienen el deber de hacer el entero de la cuota que se les imponga en los primeros ocho días de cada mes, en la oficina citada en el artículo anterior, bajo el concepto de que si pasan tres meses sin hacer el pago referido, se juzgarán por este solo hecho, hábiles para ser consignados al servicio de la guardia nacional.

Art. 3.º Los comisionados de que habla el art. 6.º de la ley de 17 de Diciembre de 1861, sobre guardia nacional, deben dar cuenta de oficio cada mes al recaudador de contribuciones directas, señalando las personas que se hayan exceptuado del servicio activo y las cuotas que deban pagar por esa excepcion.